



LA COMUNIDAD LUGAR DE ACOGIDA, DE COMUNIÓN Y DE PRÁCTICA DE LA MISERICORDIA

El Evangelio es el libro de la misericordia de Dios, para leer y releer, porque todo lo que Jesús ha dicho y hecho es expresión de la misericordia del Padre. Sin embargo, no todo fue escrito; el Evangelio de la misericordia continúa siendo un libro abierto, donde se siguen escribiendo los signos de los discípulos de Cristo, gestos concretos de amor, que son el mejor testimonio de la misericordia. Todos estamos llamados a ser escritores vivos del Evangelio, portadores de la Buena Noticia a todo hombre y mujer de hoy (Homilía 3 de abril 2016, Domingo de la Misericordia).

Todos estamos llamados a ser escritores vivos del Evangelio... Este llamado del Papa en la hermosísima homilía del primer domingo de Pascua, domingo de la misericordia nos debe llegar profundamente al corazón a todos los consagrados y consagradas que queremos hacer del Evangelio nuestra primera Regla. Creo que este Año de la misericordia nos invita fundamentalmente a volver al Evangelio de Jesús nuestro maestro, amigo, compañero, fundamento y razón de ser de nuestra vida religiosa, a quien queremos seguir, convencidos que nuestro encuentro con Él ha sido lo mejor que nos ha pasado en la vida. Porque él nos ha descubierto que el nombre de Dios es misericordia.

Y uno de los lugares en donde del Evangelio continúa siendo un libro abierto para nosotros es, sin duda, nuestra comunidad. Una comunidad acogedora, fraternal, sororal, abierta, imagen de la misericordia del Padre manifestada por Jesús.

Cuando era Hermano joven uno de los libros que más me impresionaron fue el titulado *La comunidad, lugar de perdón y de fiesta*, escrito por Jean Vanier, fundador del Arca, que nos presenta la vida comunitaria como una aventura cotidiana en la que se alternan momentos de dificultad en la relación, malentendidos, fracasos y los famosos chismes de que nos habla tanto el Papa Francisco, con momentos de celebración alegre y unidad profunda. Perdón y fiesta me parece son dos caras de la misericordia.

Posiblemente el mejor icono de nuestra comunidad sea la Trinidad. El Prefacio para la fiesta de la Trinidad afirma: *"Adoramos tres personas distintas de única naturaleza e iguales en su dignidad"*. La unidad trinitaria se da en la diferencia, no en la uniformidad. La comunión trinitaria se construye por la participación de cada persona. En realidad, la vida consagrada como la Iglesia es esencialmente misterio de comunión, *'muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo'*... (LG 4)

El documento Vita Consecrata afirma: *"Con la constante promoción del amor fraterno en la forma de vida común, la vida consagrada pone de manifiesto que la participación en la comunión trinitaria puede transformar las relaciones humanas"(V.C.41).*



Es esta relación trinitaria la que nos abre las puertas de la misericordia porque ser fiel al misterio trinitario es poner siempre a la persona, como ser único e irrepetible, a quien debemos amar, por encima de las estructuras. *El sábado está hecho para el hombre...* y por eso la mejor expresión y realización de una comunidad no son las normas sino la amistad, la relación llena de amor y misericordia de aquellos que quieren participar más radicalmente en la vida y misión de Jesús para testimoniar la fraternidad y la filiación a la que todos están llamados y que constituyen el corazón del Reino que Jesús vino a instaurar y que anticipamos con nuestra vida comunitaria.

Identidad, comunión y misión se refuerzan a la luz de la Trinidad. Ser-yo-mismo (único, irrepetible, inédito, imprevisible) y ser-para-los-demás (apertura, entrega, servicio) no pueden separarse como tampoco, el sentido de individuación (nombre propio) y el sentido de pertenencia (apellido común) que deben crecer permanentemente en una auténtica vida comunitaria. Y la experiencia nos dice que para lograrlo necesitamos ser *misericordiosos como el Padre es misericordioso*. Y solamente el Espíritu de Jesús nos dará este don.

La vida religiosa en los últimos años se esfuerza por recuperar la comunidad como su valor clave. Esto fue para mí muy claro en el Congreso de Vida Consagrada: *Pasión por Cristo, Pasión por la humanidad* en el año 2004, cuando todas las intervenciones de los jóvenes religiosos invitados fueron en torno a la comunidad. Y es que muchas veces vivimos la comunidad como un hecho sociológico y olvidamos que la comunidad es ante todo un hecho teológico, que nos permite, por un lado, hacer nuestras *las relaciones de conocimiento y amor* que se dan en el seno de la Trinidad, y por otro, ser un grupo liminal que por la calidad de sus relaciones hace ya presente el Reino de Dios. *Sólo en comunión con aquellos que tienen la misma vocación, tanto en el marco de una orden o congregación concretas como en otro tipo de relaciones interpersonales, podemos apropiarnos e interiorizar la llamada a vivir en la relación trinitaria (O'Murchu, El marco teológico de la vida religiosa. Ampliando los horizontes tradicionales, Servicio Koinonia).*

Creo que siguen siendo muy actuales las palabras de Juan Pablo II sobre nuestra vida comunitaria: *"Toda la fecundidad de la vida religiosa depende de la calidad de la vida fraterna en común. Más aún, la renovación actual en la Iglesia y en la vida religiosa se caracteriza por una búsqueda de comunión y de comunidad"* (JUAN PABLO II, a la plenaria de la CIVCSVA, 20 de noviembre de 1992, OR 20-XI- 1992, n. 3).

1. LA COMUNIDAD DE JESÚS HERMANO "*fiel y misericordioso*" (Heb 2, 17)

Si queremos vivir una comunidad acogedora, samaritana y misericordiosa el primer paso es fijar nuestros ojos en el Señor Jesús como nos dice la Carta a los Hebreos (12,2). Nuestra comunidad es cristocéntrica y no egocéntrica. La comunidad tiene como piedra fundamental a Jesucristo: *"Vosotros sois la casa... cuya piedra angular es Cristo Jesús. En él toda la construcción se ajusta y se alza para ser un templo santo en el Señor (Efesios 2,20-21)*. Con la contundencia de siempre y el valor de su martirio Dietrich Bonhoeffer nos dice: *"Comunidad*



cristiana significa comunión en Jesucristo y por Jesucristo. Ninguna comunidad cristiana podrá ser más ni menos que eso. Y esto es válido para todas las formas de comunidad que puedan formar los creyentes, desde la que nace de un breve encuentro hasta la que resulta de una larga convivencia diaria. Si podemos ser hermanos es únicamente por Jesucristo y en Jesucristo" (Vida en Comunidad).

El Evangelio en numerosos pasajes nos da cuenta de cómo era la comunidad de Jesús. Y lo que más llama la atención es que el elemento central y aglutinador son las relaciones de Jesús con los doce; hombres que se caracterizaban por una gran diversidad, desde Pedro tan impulsivo y generoso a Juan tan contemplativo, desde Mateo el publicano colaboracionista con el Imperio a Simón un zelota enemigo del mismo... A cada uno Jesús lo acepta como es y en esto revela su corazón misericordioso. Marcos nos dice que los llamó *"para estar con él"* o sea para ser sus compañeros y Juan nos hace ver que la relación que Jesús establece con cada uno de ellos y con todos crea una relación de amistad que prima sobre doctrinas y leyes. *"Desde ahora les llamaré amigos, porque les he dado a conocer todo lo que oí a mi Padre" (Jn 15,15).*

El ser misericordiosos como el Padre nos debe llevar a mirar al mundo y a las personas con la mirada de Dios, el Dios compasivo que mira al mundo con profundo amor y con ternura paterno-maternal. San Juan de la Cruz nos dice que *el mirar de Dios es amar (CB32, 3).*

Sabemos que en Jesús la mirada de Dios se hizo humana y cercana. El verbo ver es posiblemente uno de los que más se repiten en el Evangelio: a pescadores que convierte en discípulos, a Leví en el banco de los impuestos, a las muchedumbres de las que se compadece, al joven rico, a los niños que se le acercan, a los que llevaban la camilla, a la viuda de Naín, a Pedro después de la negación, al buen ladrón desde la cruz... *Jesús de Nazaret mira a la gente y reconoce en cada persona su ser más profundo, ve lo mejor de cada una y así desata por dentro, libera y trae la curación, la salvación, la acción de gracias y la alabanza* (Fernando Negro Marco Sch. P.). Esta mirada es la que estamos llamados a hacer nuestra tanto en nuestra vida comunitaria como en nuestra misión. Mirada que debemos vivir en una sana tensión entre la alegría por ver realizado el designio salvífico de Dios en nuestra historia y la esperanza de su culminación escatológica.

Jesús nos enseña que la misericordia brota del amor y está al servicio del amor. Seguir la metodología evangélica de Jesús es tener, como él, una inmensa capacidad admirativa ante los más pequeños signos de vida que vamos encontrando por nuestro camino. Jesús ante un acto de virtud, aún mínimo se entusiasma y siente la necesidad casi explosiva de expresar su admiración, como nos dice el jesuita italiano Giovanni Blandino. Así ante la fe humilde de la cananea: *¡Mujer, qué grande es tu fe!* (Mt 15,28); ante el centurión romano, admirado, dice a la gente: *Les digo que ni en Israel he encontrado una fe tan grande* (Lc 7,9); tampoco oculta su admiración ante la pecadora en casa de Simeón: *Te aseguro que si ella da tales muestras de amor es que le han sido perdonados sus muchos pecados* (Lc 7, 47), y no le pasa desapercibida la viuda que echa su limosna en el templo: *Les aseguro que esa viuda pobre ha echado en las arcas más que todos los demás* (Mc 12,43); y en medio de la agonía, da esperanzas al ladrón arrepentido: *Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso* (Lc 23,43). Y esto no tanto por el valor moral de tales actitudes sino, sobre todo, por el inmenso amor que Él tiene por cada persona que le hace descubrir lo mejor que hay en ella. Todo lo contrario a la autorreferencialidad de la que nos pone en guardia el Papa Francisco.

El amor misericordioso de Jesús por sus discípulos se traduce en un profundo respeto a su libertad. No busca imponer, no fuerza los distintos ritmos, no impone, confía siempre y sabe esperar pacientemente. Jesús es realista y parte de lo que cada uno es iniciando un paciente



proceso de crecimiento y de comunión y ejercicio una autoridad que se traduce en un servicio sin imposiciones ni privilegios. (Cf. GUERRERO JM, *Jesús como animador de Comunidad de los Doce*, Revista VR, 1981, Madrid).

El Papa Francisco sintetiza muy bien esta actitud de Jesús al recordarnos una homilía de San Beda sobre la vocación de Mateo, en un texto ya muy conocido por la traducción personal que el Papa hace: Jesús vio a un publicano "*misericordiándolo*" y *eligiéndole*. Sabemos que éste es su lema episcopal (Cf. El nombre de Dios es misericordia, p. 32, Planeta, México, 2016).

Jesús es para sus discípulos testigo de la misericordia del Padre. Por eso su mirada siempre es compasiva y cercana. Nunca pasa de largo y está atento a la realidad de cada persona. Su actitud fue programática para sus discípulos y lo sigue siendo para nosotros consagrados llamados a seguir y proseguir sus pasos. Es esa mirada la que nos permite descubrir el paso de Dios en nuestra historia y en la de nuestros hermanos y hermanas.

Y es en la comunidad en donde principalmente educamos nuestra mirada para que sea como la de Jesús, como el Papa lo recordaba a los religiosos y religiosas en su visita a Corea del Sur: *Sea que el carisma de su Instituto esté orientado más a la contemplación o más bien a la vida activa, siempre están llamados a ser «expertos» en la misericordia divina, precisamente a través de la vida comunitaria. Sé por experiencia que la vida en comunidad no siempre es fácil, pero es un campo de entrenamiento providencial para el corazón. Es poco realista no esperar conflictos: surgirán malentendidos y habrá que afrontarlos. Pero, a pesar de estas dificultades, es en la vida comunitaria donde estamos llamados a crecer en la misericordia, la paciencia y la caridad perfecta (16 de agosto 2014).*

4

Y esa mirada lleva al corazón que se conmueve ante la debilidad y la miseria humana. Conmovernos, significa hacer nuestro el dolor de nuestros semejantes, por ejemplo, de esos cientos de emigrantes que en los últimos años han muerto ahogados en el Mediterráneo o han sido tratados como juguetes en las fronteras de ciertos países europeos, cuando buscaban un destino más digno para ellos y sus familias. Conmoverse, es sufrir-con, es ser sensible a toda forma de injusticia, de pobreza, de sufrimiento. Conmoverse, es sentir el corazón herido cuando vemos que hay tantos niños y jóvenes que viven situaciones absurdas e inhumanas... Pero la mirada de Jesús no se queda en una compasión inoperante. Se trata de ir a las últimas consecuencias siendo como Jesús, un ser-para-los-demás, y saliendo de nosotros mismos y de nuestros intereses personales.

2. COMUNIDAD DE ACOGIDA: la misericordia un don que recibimos

En el documento sobre la identidad y misión del Hermano publicado recientemente, se nos habla de la fraternidad como un don que recibimos, que compartimos y que entregamos. Me parece que podemos perfectamente aplicar a la misericordia lo que afirmamos de la fraternidad.

La misericordia no es el fruto de nuestros esfuerzos, de nuestra buena voluntad o de nuestra santidad. Es ante todo un don recibido, del Padre *que tanto amó al mundo que le entregó su Hijo... para que el mundo se salve por Él* (Jn 3, 16-17). Es un don del Hijo que nos revela al Padre misericordioso y entrega su vida por nosotros. Es un don del Espíritu: *"El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungió. Me ha enviado para anunciar el Evangelio los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad y a los ciegos, la vista. Para dar libertad a los oprimidos; para anunciar el año de gracia del Señor"* (Lc 4, 18-19).



Tanto Pablo como Pedro en sus cartas nos hablan repetidamente del don personal que Dios nos ha dado y que estamos llamados a compartir con los demás (Gal 2, 9; 1Co 3, 10; 1Co 7, 7; 1Co 12, 7-11; 2Tm 1, 6; 1P 4, 10). Si el nombre de Dios es misericordia, los dones que Él nos da están al servicio de la misericordia, pero cada uno está llamado a vivirlo de una manera personal y única haciendo visible un rasgo del poliédrico rostro de Dios.

Sin duda uno de los dones recibidos más importantes en nuestra vida religiosa es la consagración. Muchas veces la leemos desde nuestra iniciativa, pero lo nuestro es una respuesta a la iniciativa de Dios y a su libre elección. Basta recordar aquellas palabras de Oseas: *Por tanto, mira, voy a seducirla llevándomela al desierto y hablándole al corazón (2, 16)*. En su gran misericordia y sin ningún mérito personal es el Señor que nos ha llamado a ser totalmente suyos. El, la realidad insondable nos ha elegido con amor gratuito a la desconcertante aventura de ser plenamente suyos. Dios Trinidad de personas, se nos presenta como el Amor que atrae hacia sí todo nuestro ser y exige todo nuestro ser.

Estamos involucrados en una aventura de amor, en una especie de enamoramiento, en la seducción de Dios. Ese amor misericordioso, a la vez, lo debemos reflejar en nuestras relaciones comunitarias. En nuestra comunidad debemos atrevernos más a *"primerear"* como nos invita el Papa Francisco con su lenguaje porteño. No esperar recibir para dar, sino como lo experimentamos en el amor gratuito de Dios, tomar la iniciativa y dar el primer paso y sin pasar factura. Pero creo que también es verdad que debemos *"primerear"* con nosotros mismos aceptando que los primeros en recibir misericordia hemos sido nosotros. Como nos dice Anselmo Grün: *"Quien conoce todos sus abismos, sus zonas sombrías, sabe que sólo puede vivir en plenitud el que es comprensivo consigo mismo, el que es capaz de decirse sí tal como ha sido creado. Sólo cuando alguien se ha aceptado a sí mismo puede aceptar al que busca consejo sin juzgarle. Sólo se puede ser misericordioso con los demás si se es misericordioso con uno mismo, si nos hemos reconciliado con nuestra propia oscuridad (Portarse bien con uno mismo, Ediciones Sígueme, 10 edición, 2014, Salamanca)*.

5

3. COMUNIDAD DE COMUNIÓN: La misericordia un don que compartimos

Los dones que hemos recibido deben ser dones compartidos. Estoy seguro que a todos nos llamó y motivó aquella cita de San Basilio, que el Papa Juan Pablo II nos regaló en la Exhortación Apostólica Vita Consecrata: *En la vida comunitaria, la energía del Espíritu que hay en uno pasa contemporáneamente a todos. Aquí no solamente se disfruta del propio don, sino que se multiplica al hacer a los otros partícipes de él, y se goza del fruto de los dones del otro como si fuera del propio (VC 42)*. Ante el individualismo o la búsqueda de autorrealización que a todos nos amenaza esta certeza nos invita a una actitud de *salida* hacia nuestros hermanos o hermanas y con ellos al mundo y sus necesidades.

Nuestra entrega personal a Dios, la hacemos en el seno de una comunidad. Nuestro compromiso con Dios está mediatizado por unos Hermanos/as con los cuales también nos comprometemos. En nuestro caso resulta conmovedor, ver en los Archivos de la Casa Generalicia de Roma, como en su Consagración de 1694, el Fundador y cada uno de los doce Hermanos de los orígenes que la hacen, nombran expresamente, en su fórmula de consagración, a los doce compañeros con los que se estaban jugando la vida.



Es que no podemos hablar de fidelidad a Dios sino somos capaces de vivir la fidelidad humana. La consagración no es solamente una alianza con Dios, es también una alianza con los hombres, las mujeres de mi comunidad, de mi provincia, de mi Instituto. Las palabras de Rut, tienen para nosotros un profundo sentido: *"A donde tú vayas iré yo; donde tú vivas, viviré yo; tu pueblo es el mío, tu Dios es mi Dios; donde tu mueras, allí moriré y allí me enterrarán. Sólo la muerte podrá separarnos."* (Rut 2, 16-18)

Al consagrarnos a Dios o mejor cuando Dios nos consagra, ya que de Él es la iniciativa, nos consagramos también con nuestros hermanos. Cuando decimos: *"Puedes contar conmigo"*, se lo decimos a Dios, pero también a nuestros Hermanos/as. Por eso ante toda salida, no sólo debemos juzgar la calidad y hondura con que el Hermano/a ha vivido o no su compromiso, sino también si la comunidad que lo ha acogido le ofreció el clima adecuado para vivirlo con intensidad, ya que a eso nos comprometimos al consagrarnos a Dios y por eso la comunidad debe examinar con tristeza en qué ha podido defraudar al Hermano/a en peligro. Esto supone una actitud misericordiosa que nos hará pasar por alto muchas cosas y nos dará el tacto delicado para corregir fraternalmente y sobre todo para que el hermano no se sienta solo.

Una comunidad en donde la misericordia es compartida, es un lugar de perdón y fiesta en el que podemos experimentar que el Reino de Dios ya está en medio de nosotros. Está en medio de nosotros cuando nos damos pruebas sensibles de amor, sin pensar que el otro debe adivinar que yo lo amo o estimo. Cuando nos cuidamos fraternalmente, cuando nuestra oración comunitaria nos hace crecer, cuando el sufrimiento de los demás no nos pasa desapercibido. Una comunidad en donde la misericordia es compartida, es una comunidad que está atenta a *"nuestro niño Interior"* favoreciendo espacios gratuitos de encuentro; simplemente *"estar ahí"* para conversar, para mirarnos con cariño, para comprender que el trabajo no lo es todo en la vida. De lo contrario no sería extraño que buscáramos afuera lo que no hemos sido capaces de crear adentro.

6

4. COMUNIDAD DE DIACONÍA: la misericordia un don que entregamos

El don que recibimos y compartimos lo debemos también entregar. De nuevo es bueno que volvamos nuestros ojos a Jesús. Sus entrañas misericordiosas siempre se tradujeron en acciones salvíficas. Sabemos que la comunidad no existe para sí misma sino que está en función de una misión. Su valor radica en ser mediación de los valores del Evangelio. Se trata de una comunidad apostólica. Como dice Juan Ramón Moreno, uno de los jesuitas asesinados en El Salvador: *"El elemento unificador de la comunidad no es tanto la convivencia, cuanto el mirar juntos hacia el mundo, el pueblo, las gentes, dejando que sea una realidad concreta, ese pueblo de carne y hueso, el que configure nuestra acción y nuestro modo de vida"*.

Cuando hablamos de entrega y entrega total pensamos en Jesús, que nos amó hasta el extremo. Su actuar sin medida movido por el amor y su misericordia sin límites nos pueden hasta escandalizar. Cuántas palabras, parábolas y encuentros de Jesús provocaron el escándalo de los buenos. Como nos dice Enzo Bianchi: *Sí, la misericordia de Jesús, la que él practicó y predicó es exagerada y escandaliza. Estamos más dispuestos a los actos de culto, a la liturgia que a la misericordia (cf. Os 6,6; Mt 9,13; 12,7) Como escribió justamente Albert Camus*



en La Caída: "En la historia de la humanidad hubo un momento en que se habló de perdón y misericordia, pero duró muy poco tiempo, más o menos dos o tres años, y la historia terminó mal" (Familia cristiana, 8 diciembre 2015).

Pero hoy, a menudo, estamos viviendo, otra realidad en la que lo que cuenta es una intimidad sin historia, el ansia de éxito y el culto a la imagen y al aparecer, que antepone la realización personal a las necesidades del mundo; elementos todos que nos alejan del otro y de la misericordia. En clave bíblica podríamos decir que estamos pasando de *Amós*, profeta de la justicia, a *Oseas* profeta de la misericordia y del afecto. Nos guste o no debemos estar abiertos a los signos de los tiempos, que con todas sus ambigüedades, nos muestran el terreno donde sembrar la Buena Nueva.

A un pueblo desanimado, herido y roto, Oseas lo alienta con el lenguaje cálido del afecto, del perdón y de la gracia. Dios decide curar a Israel con el cariño y el afecto. ¿No será esto para nosotros una llamada a tomar más en serio las heridas del corazón de los hombres para sanarlas? La Buena Nueva ¿no es ante todo conciencia de sentirse amado, valorado, bendecido, como una manera de contrarrestar la baja autoestima de tantos hermanos/as? Y en una sociedad en donde todo se vende y se compra, ¿no tendremos que convertirnos a la gratuidad que nos permite desarrollar la capacidad de contemplar, de agradecer, de maravillarnos ante el misterio o la belleza? Esto no significa renunciar a la justicia. De hecho la unión a Yahvé debe cimentarse en justicia y derecho: *"Yo te desposaré para siempre. Justicia y rectitud nos unirán, junto con el amor y la ternura, y la mutua fidelidad también. Y así conocerás quién es Yahvé."* (Os.2, 21-22) (Cf. Manuel Díaz Mateos S.J., aparecido en Páginas (CEP) Lima, abril 96).

Por eso afirma Díaz Mateos: *"El compromiso por la liberación y la opción por los pobres no se motiva solamente por la urgencia o la magnitud del problema. Se motiva mejor cuando descubrimos la gratuidad del amor de Dios que nos mueve a hacernos gracia, don y entrega como respuesta, y cuando experimentamos en carne propia la excesiva sensibilidad de ese mismo Dios para sanar las dolencias de su pueblo. Hablando de corazón a corazón se nos contagia algo de lo que aflige al corazón del Padre común y se nos invita a soñar con lo que el sueña que será siempre una puerta de esperanza para su pueblo"* (Art. cit. p.12).

No debemos olvidar, tampoco, que en el misterio de la Encarnación Jesús *manifestó la bondad de Dios, Salvador nuestro, y su amor por los hombres. No se fijó en lo bueno que hubiéramos hecho, sino que nos tuvo misericordia y nos salvó"* (Tito 3,4-5). En Jesús, Dios nos habla de corazón a corazón, de rostro a rostro, de mirada a mirada. Sabemos, como nos dice San Mateo que él *"tomó nuestras dolencias y cargó con nuestras enfermedades"* (Mt. 8, 17). La invitación que Jesús a hacernos niños, es una invitación a abrirnos al mundo de la gracia, de la ternura, de la



caricia, del afecto, como lo hacen los niños. Sin duda los hombres y mujeres de hoy necesitan sobre todo una palabra, un gesto que les llegue al corazón y ahí se encontrarán con Dios y se abrirán a sus hermanos y hermanas necesitados. El reto siempre será saber unir esta actitud cercana y comprensiva con la palabra profética y el gesto contestario, que brotan del mismo amor.

CONCLUSIÓN

Tanto la comunidad trinitaria, como la comunidad de Jesús y la primera comunidad de los Hechos, son iconos de nuestras comunidades. Y las tres nos hablan de amor, de relación, de misericordia. Son tres invitaciones a franquear primero, antes de abrimos al mundo y vivir “en salida” como nos invita el Papa Francisco, la puerta de la misericordia a nuestra comunidad, a nuestros hermanos o hermanas. El Papa en la Audiencia general del 16 de diciembre nos decía: *La Puerta indica a Jesús mismo que ha dicho: «Yo soy la puerta. El que entra por mí se salvará; podrá entrar y salir, y encontrará su alimento» (Jn 10,9). Atravesar la Puerta Santa es el signo de nuestra confianza en el Señor Jesús que no ha venido para juzgar, sino para salvar (cfr Jn 12,47)... Atravesar la Puerta Santa es signo de una verdadera conversión de nuestro corazón. Cuando atravesamos aquella Puerta es bueno recordar que debemos tener abierta también la puerta de nuestro corazón. Abrir la puerta de nuestro corazón es hacer de la misericordia la categoría más importante en nuestra relación con nuestros hermanos y hermanas.*

8

Y solo a partir de esta experiencia vivir juntos la pasión por Jesús y la pasión por nuestro pueblo, como los discípulos de Emaús que después de aquel encuentro que hizo arder sus corazones vuelven corriendo a la comunidad apostólica para discernir las urgentes necesidades de los pobres, escuchar y sentir el sufrimiento de los hombres, tocar solidariamente y sanar los que han quedado heridos a la orilla del camino y anunciar la buena noticia de que el nombre de Dios es misericordia y que la última palabra la tendrá el Dios de la vida. Es esta también la invitación que nos hace el Papa Francisco en la Evangelii Gaudium:

«La misión es una pasión por Jesús pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo. Cuando nos detenemos ante Jesús crucificado, reconocemos todo su amor que nos dignifica y nos sostiene, pero allí mismo, si no somos ciegos, empezamos a percibir que esa mirada de Jesús se amplía y se dirige llena de cariño y de ardor hacia todo su pueblo. Así redescubrimos que Él nos quiere tomar como instrumentos para llegar cada vez más cerca de su pueblo amado. Nos toma de en medio del pueblo y nos envía al pueblo, de tal modo que nuestra identidad no se entiende sin esta pertenencia» (EG 268). Ciertamente nuestra identidad comunitaria no se entiende sin esta pertenencia. (Cf. EG 154, Discurso del Papa Francisco al Capítulo General de los Dominicos, 04, 08,2016).



La pasión hoy sobre todo es solidaridad, cercanía, presencia, acogida, acompañamiento. *Nuestra misión esencial es ser portadores de ternura y misericordia, como hizo Jesús, de acogida y comprensión, de perdón y esperanza* (Alejandro Fernández O. de M.). Estamos llamados a ser el rostro más humano y compasivo de la Iglesia, o como decía el Padre Radcliffe durante el Congreso del 2004, nuestras comunidades deben *ser un nido ecológico de libertad*. Camus ponía como ejemplo de amistad verdadera la de un hombre cuyo amigo había sido encarcelado y todas las noches se acostaba en el suelo de su habitación para no gozar de una comodidad arrebatada a aquel a quien amaba. Y añadía el novelista que la gran cuestión para los hombres que sufrimos es la misma: ¿Quién se acostará en el suelo por nosotros? Y Charles Péguy, nos cuenta de un hombre que fue al cielo y un ángel examinador le preguntó: ¿dónde están tus heridas? ¿Heridas? dijo el hombre. No tengo ninguna herida. Y el ángel respondió desanimado, ¿No había nada por lo que valiera la pena luchar? Nuestras heridas, las que sufrimos por los otros, nos revelan quiénes somos. Nos identifican, nos dice el dominico norteamericano Chrys McVey, al comentar este texto, de la misma manera que los apóstoles pudieron identificar a Jesús después de la Resurrección, cuando les mostró sus heridas (Cf Jn 20,20).

9

El desafío es exigente, pero vale la pena y no faltan testigos. Cuando hay pasión y en el corazón habita la misericordia, podemos estar desprovistos de todo pero nadie puede impedirnos de seguir adelante. Lo expresó bellamente Armando Valladares poeta cubano, que estuvo preso 22 años (1960-1982) por sus convicciones cristianas y políticas.

*“Me lo han quitado todo
las plumas
los lápices
la tinta
porque ellos no quieren que yo escriba
y me han hundido
en esta celda de castigo
pero ni así ahogarán mi rebeldía.
Me lo han quitado todo
--bueno, casi todo--
porque me queda la sonrisa
el orgullo de sentirme un hombre libre
y en el alma un jardín
de flores eternas.*



*Me lo han quitado todo
las plumas
los lápices
pero me queda la tinta de la vida
--mi propia sangre--
y con ella escribo versos todavía”.*

A nivel personal y comunitario estamos llamados a seguir escribiendo el Evangelio, el *libro vivo de la misericordia de Dios*, como lo veíamos en palabras del Papa Francisco al iniciar esta reflexión. Creo que el mejor colofón de las mismas son las palabras con la misma invitación pero con un toque mariano que nos ofreció en la homilía a los consagrados y consagradas en su reciente viaje a Polonia con ocasión de la Jornada Mundial de la Juventud y con las que termino:

Se puede decir que el Evangelio, libro vivo de la misericordia de Dios, que hay que leer y releer continuamente, todavía tiene al final páginas en blanco: es un libro abierto, que estamos llamados a escribir con el mismo estilo, es decir, realizando obras de misericordia. Os pregunto: ¿Cómo están las páginas del libro de cada uno de vosotros? ¿Se escriben cada día? ¿Están escritas sólo en parte? ¿Están en blanco?

Que la Madre de Dios nos ayude en ello: que ella, que ha acogido plenamente la Palabra de Dios en su vida (cf. Lc. 8,20-21), nos de la gracia de ser escritores vivos del Evangelio; que nuestra Madre de misericordia nos enseñe a curar concretamente las llagas de Jesús en nuestros hermanos y hermanas necesitados, de los cercanos y de los lejanos, del enfermo y del emigrante, porque sirviendo a quien sufre se honra a la carne de Cristo. (30 de julio de 2016).

Sin duda entre esos *cercanos* de que nos habla el Papa están en primer lugar nuestros hermanos y hermanas de comunidad cuyas llagas, que son las de Jesús, debemos curar y en cuyos rostros, con la mirada de Dios, debemos honrar la carne de Cristo.

Hno. Álvaro Rodríguez Echeverría, fsc